

del mundo la ola encarnada del rubor acusaba la prístina blancura del alma. Hoy ¡todo cambia tanto! eso es de mal gusto. La juventud dorada de estos tiempos, esa que pierde la fe en todo, que se abreva en las corruptoras aguas que nos envía Francia en su literatura, en sus cuadros, en su música; que hace alarde de descreimiento, hasta de corrupción, esa juventud no gusta de la inocencia pastoril; se siente fatigada al lado de la mujer cándida; y en su estragado gusto no quiere sino lo incisivo, lo picante; la despreocupación en grado sublime.

Oh! Lo puedo decir por experiencia propia. La sociedad de hoy tiene gustos un poco extraviados. Perdidos entre la bruma del pasado y como leyenda patriarcal quedan esas historias de amores inocentes, amores vírgenes. Ella virtuosa y buena temblaba como la hoja del árbol, sentía saltar su corazón con la proximidad de su amado. El, circunspecto y rendido, apenas sí acertaba á modular un ¡cuánto la amo! que brotaba del corazón traducido en temblorosa frase.

Hoy ¡Jesús! y qué diferente se bate el cobre. Ella mira con placer el momento de acercarse al novio, de tutearle, de decirle "te adoro" á pleno pulmón; él descubre los repliegues malignos del porvenir con frases picarescas.

Antes en los ensueños de los que se iban á desposar se dibujaba la iglesia sumida en encantadora penumbra; los acordes de la música inundando el templo con la dulce armonía de sus notas temblorosas y graves; el sacerdote, reflejando en su frente una aureola de luz, atando el santo nudo que Dios bendecía desde la altura.

Hoy, perdida la fe, no del todo en las mujeres, casi absolutamente en los jóvenes, la ceremonia religiosa nos parece molesta y casi con más gusto miráramos á Camilo ó á qué se yo cual autoridad echándonos al cuello, con su zurda bendición, el quebradizo lazo civil. No se diga que hay exageración en mi juicio acerca del carácter social de hoy. No hablo en absoluto. Sé que hay de todo en nuestra sociedad, y ocasión tendré de demostrarlo, al pintar tipos de jóvenes y señoritas que han tenido alguna parte en episodios de mi agitada existencia.

Pero esto va largo. Dejo para otro día continuar la historia de mi vida y, envió cariñoso beso á mis inolvidables compañeras de Colegio.

AMALIA.

ABROJO.

Cuando la vió pasar el pobre mozo,
Y oyó que le dijeron:—Es tu amada,
Lanzó una carcajada;
Pidió una copa y se bajo el embozo.
—¡Que improvise el poeta! Y habló luego

Del amor, del placer, de su destino.....
Y al aplaudirle la embriagada tropa
Se le rodó una lágrima de fuego
Que fué á caer al vaso cristalino.
Después, tomó su copa
Y se bebió la lágrima y el vino.

RUBÉN DARÍO.

El huerfanillo de Jerichó.

¡Noche tenebrosa encubría la mortal escena! Allá en la colina de Irazú retumbaba el trueno repetido por el eco de la montaña, y el rayo destruía los centenarios robles que el tiempo había respetado.

Huracán terrible doblegaba las altas Palmileras y rompía su férreos tallos. La choza temblaba desde los cimientos, y los rugidos de las fieras llenaban de pavor todo mi ser!!

Mis ojos no podían apartarse del cadáver de mi madre adorada. A la luz de una triste vela, mi afligido padre contemplaba los restos de la que fué su compañera en la vida y que pronto debía serlo también en la muerte.

Cuando llegamos á esa finca llenos de esperanza y de vida, nunca pudimos suponer que un sepulcro se escondiera bajo tan risueña morada.

Al siguiente día abrimos cerca de nuestra habitación y entre dos calles de plátanos, la humilde fosa donde depositamos el cuerpo de la mártir del trabajo.

Dos días después la fiebre palúdica me dejaba enteramente huérfano y solo en el mundo, pues, mi padre sucumbió, víctima de la aflicción y de los miasmas. Ofrecí á unos negros jamaíqueños el cuchillo y una chaqueta de mi padre, para que me ayudaran á darle sepultura, inmediata á la que contenía los restos de mi pobre madre.

Yo tenía entonces diez años de edad, un cuerpo pequeño y raquíptico, debilitado por la fiebre intermitente; mal vestido y sin un centavo en el bolsillo, salí de aquel lugar donde había pasado tres meses ayudando á los que me dieron el ser, en las faenas domésticas.

Recién hechos los desmontes para plantar los bananos que tanto beneficio habían de producir á dos ó tres personas y tanta pérdida de dinero, de salud y de vida para los costarricenses, la fiebre se apoderaba del pobre trabajador desde los primeros días. Hoy ha mejorado mucho aquella zona, y se puede asegurar que de Carrillo á Jiménez el clima es tan sano como el de Esparta, Surubres y demás puntos del Pacífico. Aun vemos llegar del Atlántico pobres peones amarillos y sufriendo del hígado; pero estos vienen de la parte Oriental; esto es, de Jiménez á Limón.

En Jerichó, hacienda del valiente empresario y distinguido médico don Pánfilo Valver-

de, que fué donde la suerte labró prematura tumba á mis queridos padres, y que está situada á ocho millas de Carrillo, hoy se disfruta de un temperamento agradable, puesto que á su alrededor hay desmontadas, y aun cultivadas de bananos más de dos mil manzanas de terreno.

Frente á Jerichó se extiende la Pepilla, grande finca también de bananos y poteros, perteneciente á Mr. Keith. Ambas propiedades forman casi un pueblo de negros, blancos y amarillos (los chinos).

Esta última tiene además una hermosa casa de dos pisos, donde habita el administrador.

Allí fué mi primera salida, después que ya fuí solo y dueño de mis acciones.

En mala hora me condujo mi cuitado sino á aquel lugar, al parecer, morada de la tranquilidad y del trabajo.

La hambre me punzaba el estómago porque no había comido los dos últimos días. Entré á la casa y me dirigí á la cocina. Los negros devoraban grandes platos de bacalao, y yo los miraba con envidia. Uno de ellos, Francis Phelps, apartó una porción de la suya y me la dió con una galleta de harina dura.

Jamás rey alguno ha comido manjar más exquisito que lo que me pareció el regalo del negro Phelps. Cuando acabé mi corta colación, éste me llamó, preguntándome si quería pasear en el bananal. Yo lo seguí agradecido. Él me daba la mano. Anduvimos media milla. De repente me condujo á una especie de cueva ó gruta medio oscura. Una vez adentro me dijo: "Mira". Yo miré primero el rostro del negro ¡¡Dios mío, que transformación!! No era el mismo; sus ojos despedían fuego.—Las ventanas de la nariz aventadas, las movía á guisa de fuelle y su boca temblaba. Luego bajé la vista al lugar que me indicó con su brazo, y me quedé atónito de terror. El suelo de la gruta estaba empapado en sangre, y algunos huesos descarnados, tirados aquí y allí, denotaban un asesinato reciente. De un manto sacó dos calaveras que me mostró á medias.

—Observa, me dijo Phelps, estos charcos de sangre; aquí vengo á matar á las personas que no hacen lo que yo les mando. Esos huesos y calaveras son de dos muchachos que me desobedecieron. Yo soy muy bueno y cuido mucho los chiquitos; pero si esos niños hablan ó dicen lo que me ven hacer, los mato sin misericordia". Mis dientes chocaban uno con otro; mis piernas se doblegaban de miedo. Quise gritar, pero un apretón del negro me dejó inmóvil. Lloraba silenciosamente porque ya me creía asesinado por aquel maldito negro.

Desde ese momento mi vida fué una continua zozobra. Phelps me daba de comer, me vestía, y acostaba siempre al mismo tiempo que él. Yo no atinaba lo que todo esto significaba. Pronto acabé de sorprenderme con la conducta de mi forzado tutor.

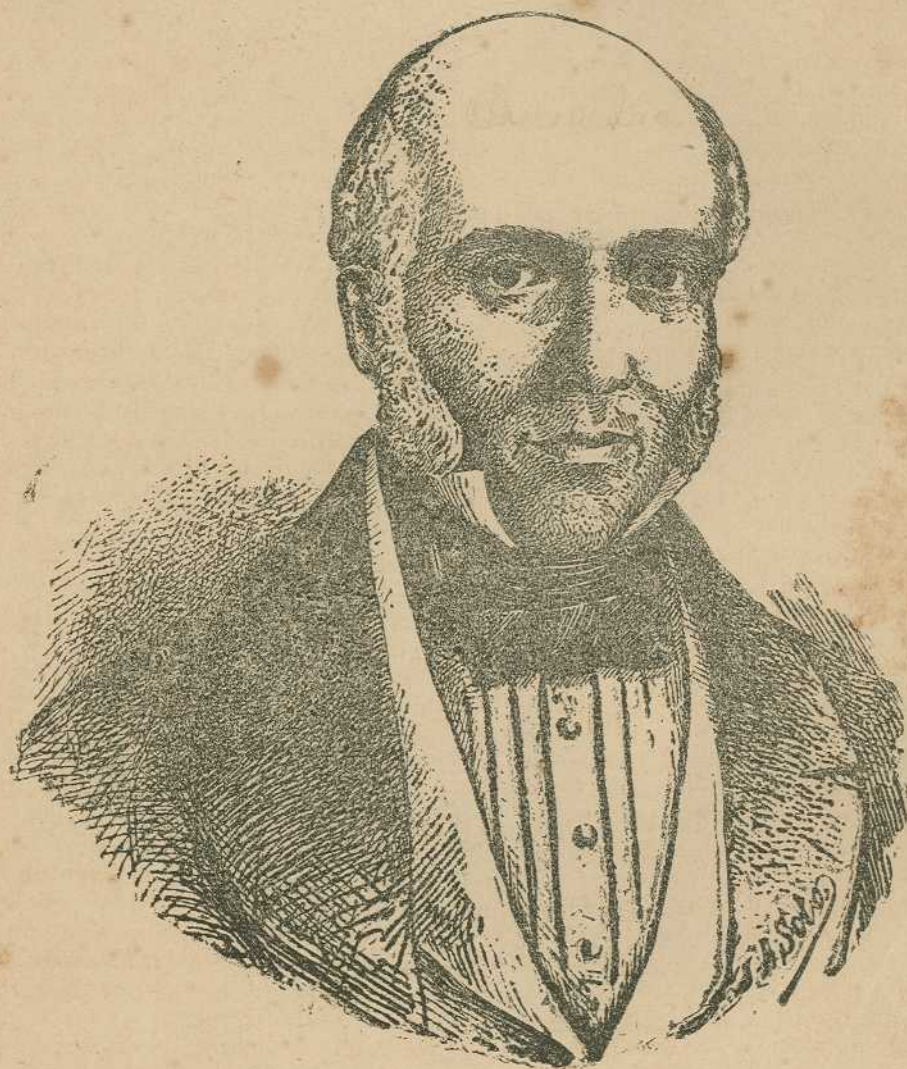
El negro quería que yo aprendiera un ejercicio muy difícil y en el cual me estuvo ensa-

yando, y era sacar de la bolsa de un hombre dormido ó borracho, los objetos que contenía. Para esto, Phelps hacía que dormía y me hacía sacar una moneda de diez centavos de uno de sus bolsillos. Si te sienta, decía, si percibo tu mano, te doy un chilillazo. ¡Con qué cuidado pasaba horas enteras ejercitándome! Las primeras veces me castigó con dureza mi tutor; pero al fin logré lo que él deseaba.

Todos los días debía hacer alguna de esas operaciones, para lo cual se me indicaba la persona y el lugar. El primero que despojeé fué un maquinista, corredor de trenes, á quien el cansancio hizo dormirse en una banca del corredor. En tono de juguete registré al americano y me asusté mucho cuando le desaté el reloj de plata que el pobre tenía en su chaleco. El negro me regaló ese día con una hermosa piña que él mismo descascaró y salpicó con azúcar. Así pasé casi un año, robando por cuenta de Phelps á cuantos éste me indicaba. Yo conocía que obraba mal, pues mi madre, siempre me hacía rezar al acostarme, y nunca dejaba de llamarme la atención sobre el *séptimo, no hurtar*. Pero el recuerdo de la sangre y las calaveras, cortaban toda discusión conmigo mismo. La huida la había proyectado varias veces, mas el negro me vigilaba de cerca.

Por fin, un día entró Phelps azorado y cariacontecido; me llevó á un lugar solo, y me dijo: "Pedrito, hoy te encargo del más importante asunto que habrás manejado conmigo. Sigue á una señora que viene en el tren, y si tomas el alfiler que ella trae en el pecho, te doy libertad absoluta y una buena suma de dinero. Recuerda que si dices á alguna persona lo que tu haces ó yo te encargo, te mataré, y me dió un sol, y por primera vez un beso en la cabeza. Esperé el tren, y tomé asiento en primera clase. En efecto venía una señora que tenía un brillante atando los dos extremos de una pañoleta. Me coloqué tras de ella y decidí salir con un acto de valor de aquella esclavitud. Determiné confiarme á aquella que me parecía una grande dama; pero me faltó el valor.

Llegamos á Carrillo, y en vez de seguirla, tomé resueltamente el camino para San José, seguro de que mi negro había quedado en la Pepilla. Anduve; corría á veces, y cuando veía venir alguno detrás, me metía en los zarzales y zanjas del camino. En un riachuelo, me resolví á comer algo de lo que compré en Carrillo.—Saqué un pedazo de salchichón y pan, y á la orilla del río, almorcé ó comí, pues era ya medio día. De donde yo estaba, podía ver el puente sin ser visto. Cuando iba á tomar un sorbo de agua en una hoja encarrujada, ví ¡¡á quien, Dios mío!! á Phelps examinando cuidadosamente el camino y puente. Entonces recordé las historias que cuentan de los indios que siguen por la pista á los viajeros. Y en realidad, eso hacía el negro. Pronto abandonó el camino y se vino hácia mí, poco á poco y siguiendo la pista de mis pies que eran pequeños y desnudos.



DON BRAULIO CARRILLO, 4º PRESIDENTE DEL ESTADO DE COSTA RICA.

Dibujo y grabado de José A. Soto.

Mas, como él no me veía aún, el miedo me dió alas y seguí andando río abajo, pensando que en el agua se perderían las señales de mis pies. Phelps llegó hasta donde yo había almorzado y allí permaneció un rato indeciso y pensativo; mientras tanto, yo lo observaba detrás de una piedra en lo opuesta margen del río. Mi cuerpo entero entre la agua, con sólo la cabeza afuera, no pudo divisarme. Pero comenzó á andar en la orilla izquierda, observando todas las salidas y tirando pedradas por diferentes direcciones. Aquellos instantes fueron años para mí. Con ansia inmensa buscaba mi vista en los alrededores algún salvador providencial. Dirigí mis ojos al cielo y con todo mi corazón pedí á Dios que me librara de aquel gran peligro.—Rezé todas las oraciones que mi madre me enseñó y esperé resignado. Al momento de comenzar la segunda Ave-María, los ojos centellantes del negro se encontraron con los míos. La atracción del Boa con los pajaritos es nada, en comparación con la que el terrible Phelps ejercía sobre mí. Mis manos soltaron las piedra y preferí ser arrebatado por la corriente que caer en manos de mi verdugo.

¿Qué sucedió después? No lo sé. Siete días pasé (me contaron más tarde) delirando con fiebre nerviosa.

Cuando volví á sertirme vivo, me encontré bien arropado en una cama de tablas. Varios peones jugaban á la malilla en una mesa en medio de la pieza. Uno de los jugadores era Phelps. Cerré mis ojos, como para huir de aquella situación y dormí hasta el día siguiente.

El balido de las vacas y berrido de los terneros me recordaron, y por una puerta abierta miré el cielo azul. Al pie de la casa por todos lados, grandes y verdes potreros sombreados por grandes árboles de hule.

Aquello no era la Pepilla ni Jerichó. Estaba en la hacienda llamada Nueva Corinto. Yo ocupaba una cama del piso bajo de la habitación, que es una preciosa casita de dos pisos, construida en Nueva York y armada aquí.—Una cocinera joven y bondadosa me cuidaba.—¿Qué feliz habría sido si el negro no estuviera allí! Supongo que Juana, la cocinera dicha, sospechaba algo de lo que me pasaba, porque una noche que estábamos solos me dió un fuerte abrazo y me dijo: “Pedrito, esta hacienda es de un señor que tiene algún mando en la justicia. Viene aquí cada uno ó dos meses. Confíate en él para que te proteja y defienda.”. Mi primer movimiento fué de temor, porque supuse que en mi delirio hablaría algo contra el negro, y entonces mi muerte era cosa cierta; pero la joven me tranquilizó agregando: “digo esto porque siendo huérfano y tan niño puede llevarte al hospicio. La palabra hospicio era nueva para mí, así es que no supe si alegrarme ó temer nuevos trabajos; ¿qué será un hospicio? En todo caso, nada es peor que mi actual situación, veremos si viene el dueño. En es-

te modo de ser me restablecí poco á poco. Mi primera ocupación fué para mí, aunque dura y casi inhumana, deliciosa porque ya no se trataba de robar.

El tren trajo aviso de que cortaran bananos, pues se recibirían dos días después. La corta de los bananos, es el grande acontecimiento en las fincas del Atlántico. Esos días no hay bueno ni mal tiempo, ni se reconocen festividades. El dueño perdona todo á sus peones, menos una falta en época de corta. Así es que á las tres de una tarde seca y fresca salimos todos menos la cocinera, y el mandador á la cabeza con su media luna de acero. El cortador con esa media luna colocada al extremo de una vara de tres ó cuatro metros de larga, da un lanzazo al tallo del plátano. Este se dobla, y el racimo de bananos queda colgando á dos metros de altura, más ó menos. En ese estado, se acerca uno de los peones jaladores, se coloca bajo el racimo y el mandador da un machetazo al mango ó intermedio entre racimo y tallo. Al despegarse aquél, cae sobre el hombro del acarreador y sale al trote á la línea férrea, en donde se van poniendo unos sobre otros los racimos listos para la entrega. Hay haciendas que producen mil á mil quinientos en cada corta. En cuanto á mí, esperó Phelps que tocara el turno á un racimo de segunda clase, que pesan poco más ó menos, dos á tres arrobas. Para mi cuerpo era un peso excesivo, así fué que al caer encima de mi hombro, salí con mi carga, pero á las cinco varas caí al suelo y se quebró y dañó la fruta. Un solemne puntapié que me regaló el negro y dos ó tres coscorrones me devolvieron la energía y valor; volví para pedir otro racimo de segunda. El mandador, compadecido de mi debilidad se negó á recargarme con tan duro trabajo. Cuando Phelps volvió y me encontró sentado esperándolo, me hizo una seña que usaba para decirme que en primera ocasión me daría de golpes. Mas como estaba bajo la protección del mandador, nada hizo; pero me juró que me mataría si no compensaba mi debilidad con robarle á la cocinera un costoso y rico rebozo de seda que tenía en un cofre. Imposible hacer esta mala acción á la que tanto me cuidaba. Volví á pensar en la fuga, pero no ya á lugar habitado, sino á la montaña. Tomé el cuchillo del negro, una frazada con que me abrigaba de noche y esperé que el negro fuera á la Marina á emborracharse, como lo hacía todas las tardes al salir del trabajo. A las 6½ del día siguiente me despedí de aquel lugar, donde al menos no había robado á nadie, y con precaución tomé potrero adentro, marchando sobre el zacate para no marcar mi pista. Al llegar á la selva, el corazón me latía fuertemente de miedo y de emoción. Me interné en la espesura, no sin dar un adiós á la casita que desde allí divisaba alumbrada por el fuego de la cocina. Anduve como dos horas en dirección de San José (tal me parecía). El cansancio me dominó y pasé la noche al pie de un ár-

bol. Nunca olvidaré aquella primera noche pasada en la soledad y el desamparo. Todos los ruidos me sobresaltaban, sobre todo el de un gran pájaro que pasó muchas veces en la altura y parecía decir ¡allá va! con una voz ronca y tétrica.

(Continuará.)

San José, febrero 1888.

SIRIO.

COSTA RICA.

—:o:—

De la capital de esta República centroamericana nos ha llegado un libro titulado: *Relación del viaje del señor Presidente de Costa Rica, General don Bernardo Soto, á la República de Nicaragua. Por Pío Víquez. 1887—10 de julio—10 de agosto.*

La prensa americana dió cuenta á su debido tiempo de la visita que el señor Presidente de Costa Rica hizo al de Nicaragua, conferenciando ambos Magistrados Supremos en bien de sus respectivas naciones.

El objeto político de esas conferencias, llevadas á cabo en la más grata cordialidad y patriótica efusión de uno y otro país, no podía ser más digno de encomio por parte de los corazones amantes de la Unión franca y sincera de los pueblos americanos, que sólo de ser todos unos en sus afectos é intereses han de sacar su fuerza y lograr verdadero respeto de los colosos europeos. Con este paso terminaron los motivos que pudieran presentarse en lo porvenir para diferencias enojosas entre Costa Rica y Nicaragua, y quedó sellada la antigua cuestión de límites del modo más fraternal y menos ruidoso que había que emplear. Es grato al patriotismo americano observar esos regocijos de la cordialidad y la paz en que se confunden por un mismo amor á los principios, dos naciones florecientes en sus industrias y comercio, lanzadas á todo paso en el camino del progreso, y que, á su vez, dejan ver en su política un espectáculo hermoso por el buen acuerdo de los nacionales en no destrozarse con frecuentes luchas, haciendo posible el cuadro consolador que ofrece Nicaragua de cinco ex-presidentes que, habiendo bajado legalmente las gradas del poder, "gozan hoy la inmunidad debida á sus virtudes," como dijo un orador en las fiestas con que era recibido en Nicaragua el señor Soto, y pueden oír el elogio de su conducta al par de la del Presidente gobernante, mientras ellos en la vida privada, ó sirviendo á la República en empleos subalternos, esperan que él irá también á figurar mañana en su número.

Entre los señores Presidentes Soto, de Costa Rica, y Carazo, de Nicaragua, se ajustó un tratado con las bases conducentes al término de

la vieja y enojosa cuestión de límites, pendiente entre las dos Repúblicas y otras no menos importantes, como las que se refieren á los derechos de Costa Rica en el Canal de Nicaragua y al permiso que para navegar en aguas de esta República tiene la marina de Costa Rica sin ejercer jurisdicción.

El señor don Pío Víquez, Director de la Imprenta Nacional y Redactor de *La Gaceta Oficial* de San José de Costa Rica, publica ahora el libro á que nos referimos, (por cuyo envío damos las gracias más expresivas), con una relación de todos los pormenores del viaje del señor General Soto á Nicaragua, y en la cual figuran amenas descripciones de todos los regocijos públicos y fiestas especiales con que fué agasajado por sus huéspedes el Presidente de Costa Rica. En estilo parlero y juguetón, *burla burlando* como diría el otro, deja el señor Víquez desempeñado su encargo con pluma fácil y decir florido; y bien pueden observarse allí muchos rasgos característicos de las costumbres reinantes en esos jardines de la América Central, que así consideramos nosotros á cada una de esas hoy afortunadas porciones del suelo americano.

El libro tiene un *Apéndice* con todas las descripciones y partes oficiales que habían sido publicados en su oportunidad, relativos al viaje, y en ellos figuran las felicitaciones afectuosas de todos los Jefes de las otras tres naciones centroamericanas, señores General Barillas, de Guatemala; General Menéndez, del Salvador, y General Bográn, de Honduras; con lo que fué caracterizada más y mejor en esas fiestas la cordialidad de la familia centroamericana.

[Del n.º 121 del "Boletín" de la "Librería" de Bethencourt é hijos", de Curazao.]

EL CULTO DEL ABUELO.

SEÑORONA pequeñita,
Mi hechicera Margarita,
Ven aquí;

Mírame: ¿no estás oyendo
Que en la sala están diciendo
Que te pareces á mí. . . . ?

Y en qué será? son tus ojos
Dos luceros, y tus rojos
Labios, son

Frescos, lucientes y puros
Como los guindos maduros
Del otoño en la estación.

¿Será en el color? tú tienes
De armiño y seda las sienas;
Rubia es

Tu abundosa cabellera,
Tus manos como de cera
Y diminutos tus pies.

lo envidia, ya te he dicho, ambiciono alguien que lo tenga igual y mis palabras que acostumbrabas tomar por galanterías, hubieran hecho en tí el efecto que tanto me cautiva, que me hace entrever el cielo y que no quiero siquiera vislumbrar porque la realidad de la tierra me anonada.

Esta es la razón; no vuelvas jamás á interrogarme sobre ese punto. Dime quien es buena, quien anida en el pecho un corazón puro, amante de lo sencillo, de lo noble y santo y me verás caer á sus plantas pidiéndole la ventura de que me llame esposo.

Es verdad que mi semblante no conserva la frescura de la adolescencia, que por mis cabellos empiezan á deslizarse algunas plateadas hebras, pero mi corazón se conserva immaculado y en él hay un vacío que sólo es capaz de llenar el cariño de una mujer.....

En tu ensayo literario, Amalia, revelas grandes dotes; no desmayes, continúa por la misma senda y recórrela por completo; sin que te cause fatiga, camínala nuevamente; sirve de ejemplo á tus buenas amiguitas y toca delicadamente siempre, como lo has hecho ahora, puntos de tan vital importancia.

¿Quien con más derecho puede dar lecciones de moral sinó aquel que la practica?

Todos han leído con agrado, más que esto, con interés "*Mi vida*;" ha sido el objeto de todas las conversaciones en los salones de la buena sociedad y el incógnito que te juro respetar ha dado origen á más grande curiosidad.

Yo te ofrezco Amalia, servirte en cuanto pueda, estar constantemente á tu lado, ser tu más decidido paladín si encuentras necesario y hablarte siempre con la franqueza que lo hago cuando visito tu casa.

Sólo exijo de tí, la misma dulzura de siempre y que no olvides mi pedido: una semejanza tuya; un ángel de tu coro.

He sido demasiado extenso; te he fatigado con mis necesidades de *joven-viejo* y he causado tedio á mis bellas lectoras, que á mi juicio, poco les importa saber si soy ó no joven y tu virtuosa y linda, ó fea y remilgada.....

Guardo como tu el incógnito.

JULIO.

Febrero 24 de 1888.

El huerfanillo de Jerichó.

(Continúa).

Me recordó á la madrugada un ruido extraño parecido al que harían miles de caballos al galope. El ruido se acercaba cada vez más y yo empecé á temblar de pies á cabeza. Por fin pude ver como á distancia de doscientos metros un hormiguero de bultos negruscos que bramaban roncamente y hacían tanta bulla que se estremecían el suelo y los árboles. Mi primer idea fué subir á uno de éstos. Cuando me consideré miré abajo, y me que-

dé helado de estupor al ver mas de mil animales iguales á los chanchos, pero con dos colmillos cada uno. Eran cariblancos ó zahinos; animales feroces, pero que no pueden alzar la cabeza á más de medio metro de altura. Largo rato desfilaron, mordiéndose unos á los otros, cayendo unos y pasando otros sobre los caídos. Por fin quedé solo, y el sol salió. Como no tenía otro punto de partida para guiarme que el grande astro, me fijé bien en la dirección en que salía.

Continué mi camino buscando el Occidente. Almorzé pacayas que allí abundaban. Al subir una colinita, me llamó la atención un ruido lejano. Como se acentuara y empezara á oír quebrazón de palos y de vez en cuando retumbos como los que hace una maza pesada al caer al suelo, subí ligeramente al primer árbol que se prestaba á esa operación por la clase del tronco. Hacía unos minutos que me había sentado, ó más bien montado en una rama, cuando sentí acercarse los retumbos. Pronto supe lo que los producía. Un cabrito de monte en carrera veloz huía y saltaba, haciendo recovecos. Detrás, á unos treinta metros lo seguía un enorme tigre pintado. Los retumbos que oía eran los saltos que á veces daba la fiera para ganar terreno sobre el cabrito. En uno de ellos cayó en un hoyo ó terrero y perdió un minuto al menos de tiempo, con lo que supuse que no alcanzaría al pobre animalito por quien simpatizaba al pensar que, como yo, era débil y tenía en el tigre, su negro Phelps. Instintivamente comencé á rezar y pedir á Dios por la vida del cabrito. Mas pronto reflexioné que si el tigre se lo comía, tendría menos hambre y en consecuencia, menos interés en perseguirme. Entonces varié; pero para no contradecirme, rogué á la Virgen que le diera ligereza y velocidad al tigre, de modo que no se le escapara el cabro. Luego pensé que Dios me castigaría aquella mala intención, y convine conmigo mismo en ser neutral entre el tigre y el cabrito. Aquí venía de mis oraciones y pensamientos, cuando asomó el tigre con el cabrito cubierto de sangre y quizá muerto. Lo llevaba entre los dientes y lo sacudía con cólera, lo cual ensangrentaba su propio cuerpo. Este espectáculo me colocó decididamente del lado de la víctima y contra su verdugo. Esperé dos horas que el asesino y el asesinado se alejaran. Bajé y seguí caminando hacia el Occidente. En la tarde se desencadenó un huracán en el bosque. Al principio me gustaba y distraía aquella escena grandiosa; pero conforme arreciaba, empezaron á caer grandes árboles desarraigados por el viento. Yo corría de un palo al otro. Lo que me espantó más, fué un enorme guayabo, que al caer quebró seis ó siete árboles que encontró al paso, y si no me coloco del lado opuesto, las ramas no más, me habrían aplastado. Esto me hizo perder la confianza en todos los abrigos, pues veía que si no me alcanzaba el desarraigado, lo harían los que éste quebraba y rajaba. Varios animales pasaron en aquel trance, pero el peligro ma-

yor me hizo descuidar el menor. Dos dantas marchaban con la cabeza baja en dirección del huracán. Y como en todo lo grave y solemne siempre hay algo ridículo y pequeño, recuerdo que en medio de mi terror me vino un mal de risa causado por los monos llamados Congos, pues había unas docenas de éstos en un grande árbol que fué rajado por otro que el huracán desarraigó. Algunos de los monos quedaron en la parte sana del palo, y la otra cayó en el fondo del bosque. La gritería de unos y otros era aturdidora. Algunos de los primeros se tiraron tras los que se llevaba la rama despegada. Las monas madres seguían los monitos hijos. Ví una de aquéllas que tomó en sus brazos al chiquillo herido; lo mecía y con la boca limpiaba la herida. Un monito cojido del rabo entre dos palos, era jalado por tres grandes monos hasta que lo despegaron. Afortunadamente la tempestad fué de poca duración. No se qué habría sucedido si aquello se prolonga.

Tomé uno de los animalitos aplastados por las ramas, lo pelé con el cuchillo y así entero lo puse á asar en un fogón que encendí con ese objeto y con el de pasar la noche al abrigo de las fieras. La carne es dura pero me pareció maná celeste y despaché la mitad del mono, con la sal que aun llevaba.

Al siguiente día amanecí contento y dispuesto. ¡La libertad! qué dulce es la libertad! aunque esté rodeada de peligros. Iba perdiendo el miedo á Phelps, y el hecho de haber salido ileso hasta allí, me infundía confianza en mi estrella. Pasé dos días sin novedad, comiendo pacaayas y algunas raíces. Para tener una idea del lugar en que me hallaba, subí á un alto sauce y recorrí con la vista aquella soledad. Por todas partes bosques y más bosques. Sólo por el Noroeste columbré un parche claro, verde tierno y algunos puntos rojos. Bajé y me dirigí hacia eso que debía ser una hacienda. Pero un río se me atravesó en esa dirección. Seguí aguas abajo y á la vuelta de un gran pedrón me encontré con ¡¡un rancho!!— Dos hombres sentados frente á la choza asaban plátanos y carne seca, y calentaban agua para el café.

Los dos saltaron sobre mí y avisaron á un tercero que dormía dentro del rancho, con estas palabras: A las armas!!.—En un instante estuvieron armados los tres con fusiles, puñales y revólveres. ¿Dónde están los demás, me preguntó uno de ellos; cuántos vienen y por dónde? Yo contesté muy afligido que venía solo; pere ellos no dieron fe á mis palabras y me cogieron y arrastraron dentro de la habitación, donde me taparon la boca con un pañuelo para que no gritara; luego me echaron medio amarrado en el suelo, pusieron un madero en la puerta y apuntaron con sus fusiles por diferentes direcciones sacando los cañones por en medio de los palos que sostenían la choza, á guisa de troneras. Mientras tanto, yo no chistaba ni comprendía aquellos preparativos de combate.

Pero pronto supe de lo que se trataba, oyendo la siguiente conversación. “Pamelo, puede ser que sean algunas gentes perdidas en la montaña” No importa, Jilguero, al que asoma, tíralo; recuerda que nosotros los huleros estamos fuera de la ley, y debemos defendernos, matando á esos *Ticos*.” Permanecieron en expectativa más de un cuarto de hora. Por fin se dirigió Pamelo á mí y me preguntó cómo me encontraba allí solo. Yo le conté sollozando, parte de mi historia, y entonces se tranquilizaron y me dijeron: mira, chiquitín, no temas nada de nosotros. Pronto iremos á otra región porque aquí está agotado el hule; pero no te dejaremos salir hasta que estemos lejos y en salvo. Si eres discreto, vivirás con nosotros y después te iremos á dejar cerca de algún lugar habitado. Así lo hicieron. La vida de los huleros nicaragüenses en los cuatro días que con ellos viví, era uniforme. Uno cazaba y cocinaba, y los otros dos se ocupaban en cortar ó cuajar la leche del hule, echando á la maza líquida, cierto extracto de hojas que allí había en abundancia. El hule, de blanco, se convertía al cuajarse en negrusco. Comíamos buena carne de danta, cabrito y pavones; pero sin pan ni galleta por haberse concluido todo.

Los que nunca han pasado una noche en los bosques vírgenes, no conocen la clase de impresiones extrañas que allí se sienten. Ahora que yo no tenía miedo y me sentía protegido por los huleros, pude gozar de lo grandioso de la montaña. La última noche que pasé con ellos había una luna llena que alumbraba los alrededores de nuestra casilla. De mi cama percibía á través de las paredes descubiertas, los diferentes vuelos de las aves nocturnas y oía sus diversos grasnidos ó cantos. Hay ruidos misteriosos en la soledad poblada de misteriosos habitantes. Tras el quejido de un animal cojido por su natural enemigo, se oye el canto dulce y triste del pajarillo nocturno; y el caer de las hojas y ramas y el arrastrar de la serpiente. En medio de esa armonía y concierto de las fieras que luchan por la vida, un sueño delicioso se apoderó de mí y . . . me dormí.

A las cinco de la mañana abandonamos, aquella para mí, risueña y tranquila morada, y tomamos el camino que Pamelo indicó. Pregunté qué lugar era el que yo había columbrado como á una legua de nosotros, y, casi caigo del susto al oír que los puntos rojos eran ¡¡Nueva Corinto.!! Con que, en tres días no me había alejado una legua de mi negro.— En efecto; parece que no hice otra cosa que rodear y caminar en círculo, en vez de alejarme, como yo pensaba. Los huleros me aseguraron que me dejarían cerca de la carretera entre Carrillo y San José.

Los huleros cumplieron su promesa. Al segundo día de camino, me mostraron un parche claro, y me dijeron que aquello era la Laguna; que siguiera caminando en línea recta y encontraría la casa nacional de la misma.

Marché toda la mañana. A las tres de la tarde salí á la carretera y seguí á paso acelerado. Al concluir la ascensión, encontré un hotel llamado de Morrell; pero que en realidad lo administraba un tal Nicolás Guerrero. Supliqué al que vendía en la cantina que me permitiera dormir bajo el techo de la casa, y se me contestó, que no conociéndome, durmiera si quería en la caballeriza. No por eso pasé peor noche, pues aunque había mucho frío, el tabanco que me ofrecieron me ponía á cubierto de la lluvia.

El frío me recordó temprano y continué mi camino. En la noche llegué á San José.— ¡¡Que espléndido pueblo me pareció la capital, después de vivir como un salvaje.

Busqué un establecimiento cualquiera donde ganar mi subsistencia y recorrí toda la ciudad. A las nueve de la noche entré en una tienda de provisiones llamada la *Mascota*.—Me ofrecí á todos los que allí entraban, como sirviente. Todos me miraban con desconfianza y no me hacían caso.

(Continuará).

San José, febrero 1888.

SIRIO.

LAS BODAS.

Los sillones sirviéndoles de altares,
Los dos niños cojidos de la mano,
de blanco y coronada de azahares
se va á casar Margot con Juan su hermano.

Por infantil y extraña anomalía
que no sé si á los teólogos asombre,
en cura de almas se cambió María
y oficia el acto convertida en hombre.

Es graciosa la novia; su vestido
entiéndase mejor, el nupcial traje,
es un chal de burato desteñido
cuyos rasgones suplen el encaje.

Las flores que le adornan en la frente,
más que corona semejando venda,
han crecido en los bordes de la fuente
que tiene el jardincillo de la hacienda.

El traje del galán no tiene pero,
es un frac de papel por mi cortado;
usa en la ceremonia mi sombrero,
bastón de borla y pañolón bordado.

Ni curiosos ni amigos imprudentes
asisten á la boda de que os hablo,
no hay suegros, ni padrinos, ni parientes,
ni la epístola citan de San Pablo.

Con suma sencillez el Cura dice:
"Tú serás el marido y tú la esposa,"
los junta, los contempla, los bendice,
y concluye la fiesta religiosa.

Después cediendo al poderoso lazo,
con el grave ademán de los señores,
la dama y el galán que le da el brazo
se alejan por los anchos corredores.

—Oigan, les grita el cura femenino,
que no vuelva á mirarlos enojados.
Y ellos dicen siguiendo su camino
¿enojarnos? ¡ya no! ¡somos casados!

Espectador que al verle se enajena
era yo aquella vez, y me entrometo
y pregunto á los héroes de esta escena
sin miedo á que me falten al respeto.

—Ya ví lo que habeis hecho, y necesito
que aquí sin engañarme ni engañarse,
me digan, tú Margot; ó tú Juanito,
lo que habeis entendido por casarse.

Y en seguida el varón contesta ufano
sin temor á un regaño ni á una riña:
—Casarse ¿no lo ves? es dar la mano
cada vez que se quiere á alguna niña.

Nunca enfadarse ni reñir por nada,
sentarse juntos y jugar contentos,
ir á correr los dos por la calzada
y contarse en la noche muchos cuentos.

—Y es la primera vez que te has casado?
y me responde Juan con ironía:
—No, papá; van tres veces, y he pensado
en casarme esta tarde con María!

Al oír esta frase sentenciosa
de la boca infantil de aquel marido,
quedéme enfrente de la humana prosa
en hondas reflexiones sumergido.

El pecado, pensé, vive en lo impuro
de una alma enferma, desgarrada ó seca,
por qué peca el polígamo maduro?
por qué el niño polígamo no peca?

JUAN DE DIOS PEZA

Mi sobrina Juanita.

Juanita Cucufate, á pesar del parentesco
con su tío, es una linda muchacha, alegre y ha-
cendosa; pero sin hacienda. En vez de rique-
zas que son perecederas por su naturaleza, mi

be concedérsele el rango que merece. El libro de la Naturaleza está siempre abierto á nuestros ojos: sus lecciones no deben leerse por el método cansado de caracteres artificiales, sino por la Iconografía Divina que es la impresión y alfabeto de la Naturaleza. La poesía y la filosofía han penetrado con sus investigaciones hasta las mayores profundidades de esa mina inagotable, y cuántas riquezas no han desentrañado!..... Aristóteles y Virgilio se prosternaron ante las reliquias de la Naturaleza; y de lo que ellos escribieron, habiendo vivido bajo las circunstancias restrictivas de sus tiempos, podemos inferir lo que se puede hacer con conocimientos más científicos y apreciativos. Dice un adagio común: "Papulus vult decipi", pero más verdadera sería esta máxima: "El Pueblo desea ser instruido". La manera como puede llegarse á este resultado, espero indicarla con unas pocas reflexiones, ligeras y desconectadas como tienen necesariamente que ser dentro del limitado espacio de que dispongo.

Es un error suponer que no se puede estudiar el carácter y hábitos de los diferentes miembros del reino animal fuera del estado en que se encuentran cuando gozan de la libertad de la vida salvaje; y que en cautividad no se pueda adquirir nociones exactas respecto de ellos, puesto que sus acciones están entonces restringidas y modificadas por las nuevas condiciones de vida. La opinión de Bufón fué: que el cautiverio impide el ejercicio y desarrollo de todas las facultades animales, "El animal salvaje", observa, "obedece solamente á la naturaleza y no conoce otras leyes que las de la necesidad y la libertad".—Esta idea errónea tenía su origen en la creencia de que el cautiverio implica esclavitud, cuando por el contrario, la verdad es que la independencia de que goza un animal libre está muy lejos de ser tan completa como pudiéramos inferir según las ideas que nosotros tenemos de lo que es libertad en la Naturaleza. Una gran variedad de causas modifica sus condiciones de vida en libertad: el alejamiento ó contacto inmediato con el hombre; la abundancia ó escasez de alimentos; cambios de temperatura; la fuerza y valor de sus rivales; y muchas otras circunstancias. Extraña que Bufón haya emitido la opinión arriba expresada, cuando consideramos que la colección de animales en los jardines de Plantas le fueron de gran utilidad para la producción de su Historia. Hoy la popularidad de la zoología se ha hecho la salvaguardia contra los errores cometidos por aquellos escritores en Historia Natural, quienes consideraban los animales disfrutando de la vida salvaje. Basándose para su información, las relaciones de viajeros, los primeros escritores nos representan al león dotado con todos los atributos de nobleza y clemencia, mientras nos pintan al tigre como feroz é indomable.

Para dar una idea del interés que encierra la inspección detenida de una colección artifi-

cial, debo manifestar que la zoología moderna ha establecido para el estudio completa identidad entre la disposición de los ejemplares que se encuentran en cautiverios y sus congéneres que viven enteramente libres.

(Continuará.)

Traducido del inglés para "Costa Rica Ilustrada".

El huerfanillo de Jerichó.

(Concluye.)

Un señor colorado y medio avinado me hizo llevarle un queso de Flandes y unas latas á su casa. Me dió diez centavos, que emplee en comida caliente en el Mercado. Pero ese mandado me proporcionó una colocación, por que la señora del Coloradote me contrató á dos pesos mensuales, con condición de que no me negaría á hacer todo cuanto me mandaran. Acepté. Me señalaron un rincón de un corredor para que durmiera. Las niñas, que eran tres, hijas de mis amos, me trataban muy bien, pero había en la casa una maldita mujer como de 40 años, antigua sirvienta de la casa, que se había convertido poco á poco en señora y tirana de todos, como sucede casi siempre con los viejos servidores que hechan raíces en una familia. Fuí, pues, el animal de tormento de la señora Matea (así se llamaba aquella furia). Supongo que de esa época me vino un defecto físico que antes no tenía, y es: que mi oreja izquierda es mucho más larga que la derecha. La vieja Matea no conocía otro modo de darme órdenes, que agarrarme de la pobre oreja y jalarmela.

A pesar de eso, mi vida era soportable, si no hubiera acaecido el hecho siguiente: Mi amo el Coloradote trataba á su señora esposa con la dureza y grosería más grande, entre casa; pero desde que una persona extraña estaba presente, ó algún deudo de ella, el muy borrachón se volvía una miel con la pobre señora, hasta llegar á acariciarla. Apenas quedaba sola, la maltrataba de palabra, y alguna que otra vez de obra.—La víctima del Coloradote era una santa mujer, y se hacía lenguas de su hipócrita marido; así es que el público lo tenía por un modelo de jefe de familia, y sólo sus hijas y nosotros los sirvientes sabíamos la verdad. Según parece, un sábado amaneció la señora sin un centavo, Coloradote dijo que iba á cambiar un billete de banco de cinco pesos y que volvería con el cambio. En vez de lo que ofreció, llegó á las once del día completamente ebrio y sin un maravedí. La señora, llorando y suplicando consiguió que el bruto de su marido le aplicara una de sus enormes manazas en el rostro y la hiciera caer sin sentido bajo una mesa. Yo entraba en aquel momento; de tal manera se me irritó la sangre con el espectáculo

de aquella escena, que tomé una silla y se la hice pedazos á mi señor amo en la cabeza. Por su puesto que no esperé las consecuencias de mi atrevimiento y puse pies en polvorosa.

Pronto encontré nuevo acomodo, pues un camarada me avisó, que en la Calle de Carrillo, próximo á la plaza del Carmen, solicitaban un criado. Me presenté y fui aceptado.

Mis funciones principales eran los *mandados*, pues sirviendo á una familia compuesta de Papá, Mamá y siete niñas y niños, nunca faltaba algún recado que traer ó llevar. Yo creo que mis nuevos amos tenían relaciones con todo el género humano. Todos los días, desde las siete de la mañana comenzaba la siguiente jerga. "Pedro".— Señor, señora ó señorita (y pobre de mí si me equivocaba de tratamiento!!!) Anda donde don Fulano de Tal y pregunta como ha amanecido la enferma. La respuesta era siempre la misma: "Está mejorcita".—Pedro.—Señorita.—Dile á la señorita Sutana que me haga el favor de prestarme las cuadrillas que me ofreció.—Pedro.—Señor.—Vé donde el señor Perensejo y dile que me alegro mucho del nuevo heredero que le ha venido.—Pedro.—Señora.—Hoy cumple años doña Rita Rotas: lévale esta tarjeta y este abanico.— Y así todo el día.

Un ejercicio tan fuerte merecía una buena alimentación. Pero en su lugar, se me daba lo que sobraba en cada plato de la mesa, todo revuelto en una sola fuente. A esto debía agregar unos que otros huevos que resultaban malos ó con síntomas de convertirse en pollos, y el pescado y carne vieja que empesaba á tener mal olor.

Una vez me llamó la patrona y me dijo: Pedrito, ya sabes lo que ganas; pero si haces lo que voy á indicarte, te daré un peso más cada mes; y es que á todos los demás sirvientes y criados con quien hables les cuentes que aquí se come muy bien: que tomamos vino en la comida y que somos muy ricos. Diles que nuestro salón se llena todas las noches de visitas. Pero señora, contesté, yo nunca veo á nadie de visita. Sólo vienen aquí sujetos con cuentas á cobrar y el fontanero á trancar la llave de la cañería, y la cocinera dice que hace un año que no le pagan y..... Calla impertinente, no me faltes al respeto, estás delirando; fuera de que yo, no te pido que digas lo que vez, sino lo que ya te he manifestado. Comensé á propalar la riqueza de los amos y todo lo demás que se me exigió, pero desde ese día comensé á buscar nuevo acomodo.

No olvidaré la fatal fecha de 9 de agosto.— Dormía pacíficamente, pero las comidas eterogéneas me tenían malo el estómago.

Determino vestirme y ocurrir al n.º cien de la casa. Andaba de pantillas para que no me sintieran; al entrar á la cocina encontré á mi señor amo muy afanado prendiendo fuego con canfin y unas tusas á la pared de madera que colindaba con el fogón. A mi vista, pegó un salto, y estuvo por aplastarme con un tizón encendido, mas yo dí otro salto mayor, y me puse en guardia.—¡Pedrito, me dijo, serenándose un po-

co, nunca digas lo que me has visto hacer. Esto no daña á nadie, y yo soy pobre y necesito que la casa de seguros me pague esta casuca un poco mejor de lo que vale..... Me quedé en la misma, pues nunca he sabido lo que es una casa de seguros, y menos he podido explicarme cómo puede quemar una casa su propio dueño. ¡¡Misterios!!

Por esta época vine á saber la verdad sobre la gruta ensangrentada de la Pepilla; que fué la causa de todos mis terrores y aventuras con el negro Phelps. Según parece, el día que me mostró la gruta, habían matado y destazado un carnero. La sangre, pues, era la de una pobre oveja, y los huesos y dos calaveritas eran: una, la de un marrano, y la otra, la del chivo. Sin esa malhadada fábula del asesinato de un ser humano, el negro no me habría amedrentado ni convertido en su cosa: pero ya era tarde, y esto lo supe como saben todos los pobres hombres; esto es, cuando ya no pueden aprovechar de la ciencia ó experiencia propia. A la verdad que la idea de cierto escritor, vale por un siglo de vida. Mi escritor, cuyo nombre no recuerdo, decía: ¡¡Si la juventud supiera!! ¡¡Si la vejez pudiera!!

No hay duda que si un joven de veinte años tuviera los elementos que da la experiencia y la sabiduría, sería un semi Dios. Lo mismo sucedería con un anciano de ochenta años, si sus músculos, su estómago y su corazón se conservarían enteros, sanos y fuertes.

Volviendo á mis patrones, ya es tiempo que diga el por qué se deshicieron de mí. Los niños jugaban al trampolín todos los días. En uno de ellos me detuve á verlos jugar. En un brinco que va y otro que viene, el mayorcito cayó de cabeza y se rompió la frente; la sangre que arrojaba me salpicó, por que tuve que socorrerlo, mientras el menorcito corrió á buscar á la mamá, y para excusarse de una culpa que nadie le atribuía, le dijo: que yo era el responsable de todo, por que había empujado á su hermano mayor.

La mamá me dió de pellizcos y bofetones hasta que se aburrió. En esto estábamos cuando entró el patrón, el cual de un sólo puntapie casi me saca las entrañas. Lavada la herida resultó que no valía la pena el golpe, y que yo no tenía culpa alguna en el accidente. El papá, que no tenía mal corazón, se affigió mucho con la injusticia que había cometido con migo: el niño que me había calumniado siguió asegurando que yo era la causa de la caída de su hermano, y para probar que yo merecía la opinión mala que él tenía de mí, no economizó ocasión de exhibirme como ladrón y vagabundo; una vez, mientras arreglaba la mesa para la comida, aprovechó el momento en que yo iba á la cocina á traer unos cubiertos, para derramar toda la sopera sobre el mantel limpio. Cuando volví y encontré aquel desastre, me sorprendí de no ver en el comedor persona ó animal que pudiera ser el autor de tal barbaridad. Al mismo tiempo entraron los amos á comer, conducidos por el chiquitín, que apresuraba la marcha de la familia para que yo no

tuviera tiempo de mudar el mantel. Cuando la pequeña serpiente vió la indignación que se pintaba en todos los semblantes, exclamó: Ya ven lo que es este malvado, y luego dicen que no fué él el que empujó á mi hermano en el trampolín. Otras veces se comía los postres y se robaba las flores del salón y las ponía dentro de mi cofrecito que no tenía cerradura. Imposible continuar en aquella casa.

Entré como sirviente al hospital. Una tarde se apareció allí un negro enfermo, en un estado tal de demacración que, á primera vista no pude conocerlo. Al siguiente día comenzó la agonía de aquel infeliz. Una de las hermanas de la caridad me ordenó que me acercara á la cama del negro, que me llamaba. Me sorprendió la llamada; pero aun así, estaba á mil leguas de suponer que el moribundo era nada menos que mi negro Phelps; con los ojos hundidos y casi sin movimiento, pudo fijarlos en mí, y el hábito de temerle se apoderó de mí. Quise huir y apartarme, pero la hermana me hizo de nuevo allegarme.—

“Pedrito, me dijo, te llamo para pedirte perdón por todos los males que te he hecho. Tu figura tan inteligente, me metió en la cabeza el plan de aprovechar tu natural despejo y actividad: Voy á recompensarte, aunque muy en pequeño, de los sustos é inquietudes que por mí has sufrido. Ve á Nueva Corinto, á aquella finca de don Manuel Argüello, donde estuviste con migo, y de la cual te escapaste por tu dicha. Bajo una plantación de bambues que está á la salida de la finca, escarba bien hácia el lado que el Sol se pone. Allí encontrarás una cajita de lata, redonda, igual á en las que viene el salmón. Sácala y encontrareis muy envuelto en encerado y con un baño de leche de hule, un reloj de bolsillo cubierto de diamantes y rubies. Hace muchos años que un pasajero de los vapores de la Mala Real, estando el buque fondeado en Kingston, lo dejó caer en el mar. Yo me bañaba y buceaba monedas que los viajeros me tiraban para que las tomara en el fondo del agua. Varios compañeros pasaron la mañana rebuscando el reloj; pero no parecía. El vapor zarpó para Europa. En la noche volví á sumergirme varias veces y en una de tantas salí con el reloj. Nunca me he atrevido á venderlo ni aun á mostrarlo, de miedo que me juzguen como ladrón; pero es materialmente imposible encontrar su dueño, y puedes apropiártelo sin remordimiento. La máquina no sirve, por que el agua salada la dañó: mas los brillantes valen más de quinientos pesos..... En este momento pasaba la visita del médico del establecimiento y el negro guardó silencio. Me retiré á reflexionar sobre aquel incidente tan extraño. Phelps murió ese mismo día, y yo pedí mi cuenta y tomé el camino de Carrillo, rico de esperanza y con dos pesos en el bolsillo. Era el mes de noviembre del año 1887 próximo pasado. Los puentes de Quebrada Gata y Caño Seco los había arrasado el río. Me fué preciso pasar por una vereda escarpada y llena de peligros: mas al fin llegué. ¡¡ Con qué mezcla de temor y de espe-

ranza examiné los bambues sembrados á la entrada de “Nueva Corinto.”!! ¿Qué pretexto dar para que me admitieran en la hacienda?

Entré á la casa; el mandador me recibió con amabilidad y me suplicó lo informara de mis asuntos y del paradero del negro Phelps. Así lo hice y mi relación le interesó tanto, que me propuso que me quedara con él como jalador de leña y agua. Las noches lluviosas y oscuras, pronto me proporcionaron la ocasión de averiguar si el negro me había engañado con su *entierro*. A las dos de la madrugada comensé mi escabación, y en efecto, á medio metro el sacho topó con una caja de lata, que saqué. Puesta la tierra en el hueco, esperé el día para examinar mi capital.— Corté la cubierta de hule y abrí la caja de salmón..... ¡¡ Oh qué placer!! Un reloj de bolsillo ennegrecido y lleno de manchas estaba en la cajilla, pero el brillo de los diamantes me deslumbró.

Guardé cuidadosamente tan rica joya y me vine á San José. Lo difícil era venderla, pues nadie me creería que yo era dueño de ella. Con mil dificultades despegué las piedras preciosas de la tapa, y tomando la más pequeña, la ofrecí al primer platero que encontré. Me ofreció cuarenta pesos; acepté y éteme aquí rico, pero sin atreverme á realizar las otras por el riesgo de que me tomen por un ladrón, me despojen de mi propiedad y me sequen en la cárcel. Entonces fué que se me ocurrió publicar la presente historia, valiéndome del señor Sirio, quien la escribió bajo mi dictado. De este modo conocerán el origen de mi riqueza, y aun me servirá como reclamo ó aviso para los que deseen obtener buenos brillantes y rubies, pues los ofrezco á mis lectores al precio corriente,—si se toman el trabajo de dirigirse á mi habitación, que es la casa n^o 399 de la calle de Santa María, frente á la *Penitenciaría* construida á iniciativa y con la suscripción firmada el año anterior por varios patriotas costarricenses y extranjeros.

San José, febrero de 1888.

SIRIO.

CRONICA.

Sobres de nosotros, cronistas adocenados, que ya no encontramos de que rama echar mano.

Hechos que comentar hay algunos, pero ideas en nuestra mente para expresarnos ya se han agotado. Sin embargo, hagamos un esfuerzo más y cumplamos de cualquier modo nuestro cometido.

Ha poco más de nueve meses, concebimos la feliz idea de fundar un periódico ilustrado en esta capital, y mediante la valiosa protección de nuestro Gobierno, la buena aceptación que ha obtenido nuestra revista, y constantes en la persecución de nuestras aspiraciones, hemos podido llegar á mejorar un tanto el periódico.